

EVANGELIZANDO LOS AVANCES

El cristiano no debe demonizar sino evangelizar los avances y descubrimientos de la ciencia, siguiendo las enseñanzas de la iglesia que expresa a los hombres de la ciencia y la técnica su afecto por esta vocación ofreciéndole consuelo en sus desalientos.

“La gente ya no parece creer en un futuro feliz, no confía ciegamente en un mañana mejor a partir de las condiciones actuales del mundo y de las capacidades técnicas. Toma conciencia de que el avance de la ciencia y de la técnica, no equivale al avance de la humanidad y de la historia, y vislumbra que son otros los caminos fundamentales para un futuro feliz”. Este pensamiento que nos propone Papa Francisco en su última encíclica (Laudato si, 113) nos hace reflexionar seriamente en un punto sobre la relación que ejerce en nosotros el desarrollo de la técnica. Ésta no puede deshumanizarnos o proponernos falsas felicidades. La concepción cristiana de la persona no puede ser reducida y considerada como un engranaje más de una máquina de producción, y ser concebido sólo como sujeto de producción y objeto de consumo, donde todo se produce y vende en nombre del tenor, poder y placer, como si fuesen sinónimos de felicidad (Cfr. Puebla, 311). Muchos anhelan para sí o para sus seres queridos, bienes materiales y después de poseerlos tropiezan- como dice el Papa Francisco- con un gran descontento. José Luis M. Descalzo con un simple cuento da una lección acerca de la relación con la técnica y el riesgo de vaciar de lo esencial las relaciones humanas que dice así: La profesora ha puesto a sus niños un ejercicio en el que les pide que expliquen qué animal o qué cosa les gustaría ser y por qué. Un niño de ocho años ha respondido que a él le gustaría ser un televisor. ¿por qué? Porque así sus padres le mirarían más, le cuidarían mejor, le escucharían con mayor atención, mandarían que los demás se callasen cuando él estuviera hablando y no le enviarían a la cama a medio juego, lo mismo que ellos no se acuestan a media película (...) Lo cierto e irónico es que a los adultos, padres, abuelos, docentes, amigos no nos gustaría convertirnos en teléfonos celulares o computadoras para que los niños o adolescentes (y porque no muchos adultos) encuentren algo interesante en nosotros para abrirse a la experiencia humana y cristiana de compartir la vida y vivir en comunión y comunidad real. En la puerta de un negocio colocaron un cartel burlón que prevenía de quienes deseaban entrar: “en este negocio no hay wi-fi; lamentablemente tendrán que hablar entre ustedes”...lo lamentable es que no había clientes.

Sin embargo como hemos dicho en una de estas columnas el cristiano no debe demonizar sino evangelizar los avances y descubrimientos de la ciencia, y sobre este punto seguimos las enseñanzas de la Iglesia que expresa a los hombres de la ciencia y la técnica su afecto por esta vocación, el compromiso con sus fatigas, la admiración por la conquista y ofrece el consuelo en los desalientos y fracasos. (C.V.II Mensajes a la humanidad). A lo que aspiramos es una sana relación y valoración por las cosas sin anteponerlas a las personas. Valga esta breve reflexión, dado que se nos brinda un tiempo de receso escolar, tiempo para el descanso, encuentro, diálogo, fraternizar, reflexión, perdón y reencuentro, no sometido a ningún recurso tecnológico sino a la unión de corazones (en latín con + cordia) donde está la sede de las más profundas decisiones del hombre como enseña la Sagrada Escritura. Para quienes no tienen este privilegio de las llamadas vacaciones de invierno, aprovechemos igualmente para volver a lo esencial dando a cada cosa lo que le pertenece y no superponiendo lo accidental por sobre lo esencial. Además es importante recordar que para encontrarnos con Dios no hace falta concertar horarios por e-mail, whatsapp, Facebook, sino silenciar el alma, retirarnos a un lugar separado o buscarlo en el rostro del enfermo, del hambriento, del desnudo, del solitario, que llama de corazón a corazón sin otro arte o “techne” que su amor derramado en nuestros corazones por el cual lo llamamos Padre (Rom 5,5). La verdadera felicidad está en responder a Dios el llamado que nos hace, por lo tanto desconectemos todo aquello que nos hace creer que estamos verdaderamente comunicados pero que nos lleva a una verdadera y sutil reclusión.

“ Muchos anhelan
para sí
o para sus seres queridos,
bienes materiales
y después
de poseerlos tropiezan. ”